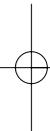
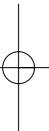
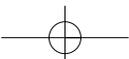
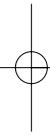
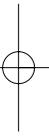




PRIMERA PARTE
UNIDADES DEL PROGRAMA DE INTERVENCIÓN

María José Díaz-Aguado





1. LA COMPLEJA TAREA DE EDUCAR A UN/A ADOLESCENTE

1.1. Objetivos de la unidad

El objetivo general de esta primera unidad es definir la tarea del grupo que participa en el programa en torno a la búsqueda conjunta y activa de soluciones para un problema compartido, que conviene relativizar y desdramatizar, estableciendo su relación con los que existen en otras familias o en el conjunto de la sociedad, creando un clima positivo, no estigmatizador, e incluso contemplando la posibilidad de poder después comunicar el proceso seguido y las soluciones encontradas a otros grupos y a otras familias que pasen por dificultades similares. A un nivel más específico, se pretenden los siguientes objetivos:

1. Tomar conciencia de la necesidad de que tanto la madre como el padre ⁽¹⁾ traten de proporcionar a los hijos/as: 1) un cuidado atento, adaptado a las cambiantes necesidades de seguridad y autonomía que experimentan con la edad; 2) una relación afectiva cálida que les proporcione seguridad sin protegerles en exceso; 3) y una disciplina consistente, basada en el razonamiento, que ayude a respetar ciertos límites y autocontrolar su propia conducta.
2. Tener en cuenta las deficiencias que han podido producirse en el conjunto de las condiciones anteriormente mencionadas, y en su distribución entre el padre y la madre, para explicar los problemas existentes en las relaciones con los hijos/as en cada caso, y utilizar dicho análisis para pensar en qué se puede cambiar para mejorar las relaciones; intentando, siempre que sea posible, plantear dichos cambios como una responsabilidad compartida entre la madre y el padre.
3. Relacionar los problemas detectados a partir de los dos objetivos anteriores con conductas específicas que el padre y la madre pueden modificar para mejorar la relación con sus hijos.

¹ Cuando el padre no está dispuesto a participar en el programa ni a modificar su conducta, conviene orientar todos los objetos en torno a lo que la madre pueda llevar a cabo; puesto que insistir en la necesidad de la colaboración paterna podría, incluso, generar desánimo e indefensión.

4. Sensibilizar sobre el riesgo de que tanto el padre como la madre atribuyan erróneamente las conductas del adolescente a través de las cuales intenta independizarse de los adultos como manifestaciones de rechazo afectivo.
5. Comprender la necesidad de ir incrementando de forma gradual la autonomía del adolescente para organizar su vida, a medida que se va comprobando y estimulando su capacidad para ejercer dicha autonomía correctamente.
6. Conectar los objetivos anteriores con el compromiso de llevar a cabo algunos cambios en la vida familiar para mejorarla. Compromiso que conviene establecer desde esta primera unidad con concreción y realismo.

1.2. Condiciones básicas de la educación familiar y habilidades necesarias para establecerlas.

En contraste con lo que a veces se cree, la educación de las hijas e hijos suele ser considerada hoy por muchas personas como una de las tareas más complejas de la vida adulta. En torno a la cual experimentan con frecuencia dudas sobre qué deben hacer. Para desempeñar esta tarea de forma óptima las madres y los padres deben proporcionar a sus hijas e hijos:

1. Un cuidado atento, adecuado a las cambiantes necesidades de seguridad y autonomía que experimentan los hijos con la edad.
2. Una relación afectiva cálida, que les proporcione seguridad sin protegerles en exceso.
3. Y una disciplina consistente, sin caer en el autoritarismo ni en la negligencia, que ayude a los hijos a respetar ciertos límites y aprender a controlar su propia conducta. Para lograrlo es preciso ayudarles a entender las consecuencias que su conducta tiene para los demás.

En ningún otro contexto social podemos encontrar los seres humanos una atención tan continuada y un afecto tan incondicional como el que deben manifestarnos nuestros padres y madres. La conocida frase según la cual *madre no hay más que una*, refleja esta especialización de la familia así como que tradicionalmente los padres eran pasivos en el desempeño de estas dos primeras tareas; reservándose para la tercera: la enseñanza de los límites y la disciplina. Así puede explicarse por qué en estos contextos tradicionales, la ausencia de la figura paterna suele ser fuente de problemas relacionados con la violencia y otras conductas antisociales, que reflejan un mal aprendizaje de los límites. La complejidad del mundo actual exige que tanto el padre como la madre compartan la responsabilidad de educar a sus hijos. La situación ideal es que compartan las tres tareas, aunque en ocasiones, como ha sucedido tradicionalmente, cada uno de ellos resulte especialmente eficaz para alguna de ellas.

Conviene tener en cuenta, además, que las tres condiciones anteriormente mencionadas no se producen de forma automática, como consecuencia de ningún instinto. Por el contrario, para educar adecuadamente a una hija o a un hijo, tanto el padre como la madre necesitan *aprender* importantes habilidades:

1. Habilidades para entenderle, para saber qué necesita en cada momento.

2. Habilidades para elegir o diseñar experiencias educativas, que contribuyan a su desarrollo.
3. Habilidades para establecer una comunicación continua con ella o él.

Cuando tanto la madre como el padre colaboran en la compleja tarea de educar a un/a adolescente es más probable que globalmente puedan proporcionarle las tres condiciones necesarias para su desarrollo. El hecho de compartir esta tarea incrementa, además, las oportunidades para desarrollar las habilidades que requiere.

1.3. Por qué es más difícil cuando llegan a la adolescencia

Con frecuencia las relaciones con los hijos se hacen más difíciles cuando llegan a la adolescencia, debido a que disminuyen dos tendencias que facilitaban el cuidado de los pequeños: la tendencia a reclamar la presencia de los adultos encargados de su cuidado ante situaciones que podrían representar una amenaza para su seguridad; así como la disposición infantil a pedir y aceptar la protección y ayuda de los adultos.

Por el contrario, la creciente necesidad de autonomía que experimenta el adolescente le lleva a rechazar la protección de los adultos y a enfrentarse a situaciones y conductas de riesgo, que pueden representar una amenaza para su desarrollo posterior.

Para realizar la transición entre la infancia y la edad adulta, el adolescente necesita una experiencia gradual de autonomía en la que el adulto respete su capacidad pero permanezca disponible para ayudarlo y apoyarlo cuando se enfrente a situaciones que no sepa manejar.

No suele ser fácil para el adulto adaptarse al cambio que supone dejar de proteger a un niño para ayudar a un adolescente. Cambio que puede originar una gran incertidumbre en muchos padres. Y ante el cual, responden a veces con una retirada excesivamente brusca de su apoyo y atención, privando así al adolescente de condiciones protectoras necesarias para su desarrollo. Conviene tener en cuenta, en este sentido, que en la adolescencia se toman decisiones que van a orientar el resto de la vida. La ayuda de los adultos en determinadas condiciones puede ser de gran utilidad para tomar dichas decisiones.

1.4. Por qué es más difícil hoy

Los actuales cambios sociales, de lo que denominamos como Revolución Tecnológica, son de tal magnitud en todas las esferas de nuestra vida (familia, trabajo, ocio...), que simbólicamente resulta acertada su coincidencia con el cambio de milenio; con la representación del fin de una época y el comienzo de otra. Una de las principales características de dichos cambios que dificulta la tarea educativa es el carácter contradictorio de la sociedad actual, debido por ejemplo a:

1. La dificultad para comprender lo que sucede frente a la gran cantidad de información disponible.
2. La ausencia de seguridades, de certezas absolutas, frente al resurgimiento de formas de intolerancia que se creían superadas.

3. La necesidad de relacionarnos en un contexto cada vez más heterogéneo, en el que existen muchas diferencias, frente a la presión homogeneizadora y la incertidumbre sobre nuestra propia identidad, que nos puede llevar a no saber quienes somos ni qué queremos hacer con nuestra vida.
4. La eliminación de las barreras espaciales en la comunicación frente a un riesgo cada vez más grave de aislamiento y exclusión social.

Estos cambios modifican las condiciones en las que se produce el desarrollo de los niños y los jóvenes, incrementando el riesgo de violencia y, por tanto, la necesidad de trabajar activamente en su prevención.

Conviene recordar que el concepto de infancia, como una etapa cualitativamente distinta de la edad adulta, surge en relación a los cambios originados por la Revolución Industrial. A partir de los cuales se reconoce su peculiaridad y su necesidad de protección, separándoles del mundo de los adultos y de su violencia, a través de las barreras que supone la familia nuclear y la escuela. Los cambios actuales, originados por la Revolución Tecnológica, reducen la eficacia de dichas barreras, exponiendo a los niños con demasiada frecuencia a todo tipo de violencia, y siendo a veces, incluso, utilizados en su representación. Esta nueva situación cambia la vida de los niños de múltiples y complejas formas, modificando la representación que los adultos tienen de la infancia, e incrementando la vulnerabilidad de los niños a todo tipo de violencia, hasta el punto de temer por lo que se ha denominado como *desaparición de la infancia*. En algunos de los casos de violencia protagonizados en los últimos años por niños y adolescentes, ampliamente divulgados por los medios de comunicación, se refleja que reproducen *guiones* imposibles de inventar en dichas edades, que disponen de una *información para ejercer la violencia* a la que hasta ahora no tenían acceso.

Para comprender cómo afectan los actuales cambios sociales a los jóvenes conviene tener en cuenta que su tarea básica es construir una identidad diferenciada, elaborar su propio proyecto vital, averiguando qué quieren hacer con su vida. Tarea que origina un alto nivel de incertidumbre que, sumado al que implican los actuales cambios sociales, puede resultar para algunos jóvenes muy difícil de soportar; especialmente cuando no han desarrollado tolerancia a la ambigüedad, cuando no han aprendido a vivir el conflicto, la duda, como un elemento necesario para crecer, cuando se les ha educado como si existieran certezas, verdades, absolutas.

1.5. Conclusiones: pautas generales sobre cómo debe ser la relación con los hijos/as adolescentes

1. Para educar correctamente a sus hijos/as, los padres y las madres deben proporcionarles tres condiciones: 1) un cuidado atento, adecuado a las cambiantes necesidades de seguridad y autonomía; 2) una relación afectiva cálida, que les proporcione seguridad sin protegerles en exceso; 3) y una disciplina consistente, sin caer en el autoritarismo ni en la negligencia, que ayude a los hijos a respetar ciertos límites y aprender a controlar su propia conducta. La necesidad de proporcionar estas tres condiciones impone determinados límites a la conducta que padres y madres deben tener con sus hijos, impidiéndoles, por ejemplo, negociar

- o cuestionar el afecto hacia ellos (que deben manifestarle de forma incondicional) y orientando la disciplina a la crítica de conductas específicas.
2. Para proporcionar las tres condiciones anteriormente mencionadas, tanto el padre como la madre necesitan *aprender* importantes habilidades, para: 1) entender al adolescente; 2) elegir o diseñar experiencias educativas, que contribuyan a su desarrollo; 3) y establecer una comunicación continua con ella o él.
 3. Cuando tanto la madre como el padre colaboran en la compleja tarea de educar a un/a adolescente es más probable que globalmente puedan proporcionarle las tres condiciones necesarias para su desarrollo. El hecho de compartir esta tarea incrementa, además, las oportunidades para desarrollar las habilidades que requiere.
 4. La creciente necesidad de autonomía que experimenta el adolescente le lleva a rechazar la protección de los adultos y a enfrentarse a situaciones y conductas de riesgo, que pueden representar una amenaza par su desarrollo posterior. Los adultos encargados de educarles tienen a veces dificultades para interpretar estas expresiones de autonomía, sintiéndose rechazados. Es muy importante que los adultos entiendan por qué se producen estas conductas para que puedan adaptarse a la nueva situación, e ir retirando su apoyo y atención de forma gradual a medida que el adolescente adquiere la capacidad de dirigir su vida, pero siguiendo disponibles para ayudarle cuando se encuentra en situaciones que no sabe manejar.
 5. Los cambios mencionados en el apartado anterior pueden originar una gran incertidumbre en muchos padres. Y ante lo cual, responden a veces con una retirada excesivamente brusca de su apoyo y atención, privando así al adolescente de condiciones protectoras necesarias para su desarrollo. Conviene tener en cuenta, en este sentido, que en la adolescencia se toman decisiones que van a orientar el resto de la vida. La ayuda de los adultos en determinadas condiciones puede ser de gran utilidad para tomar dichas decisiones.
 6. La dificultad de la tarea educativa se ha incrementado en los últimos años debido a la rapidez e intensidad con la que se producen una serie de cambios sociales que generan frecuentes contradicciones en nuestras vidas, para entender lo que nos pasa, averiguar quienes somos o no caer en el aislamiento y la exclusión. Estos cambios incrementan el riesgo de violencia en los niños y adolescentes y por tanto la necesidad de trabajar activamente en su prevención.

